

referido al alma pueden ser razonablemente referidas a la *estructura dinámica del cuerpo*. ¿Cómo? La concepción actual de la materia, procedente primordialmente de la microfísica (mecánica cuántica y física de partículas) y la astrofísica (teorías de la relatividad, de la expansión del universo y de los agujeros negros) exige —a juicio de Laín— la consideración de los entes materiales bajo la noción de «estructura»: conjunto de notas sistemáticas, clausuradas y cíclicas, que consiste en y es el todo de dichas notas, no reductible, por tanto, a su mera suma o combinación; de tal manera que cada estructura constituye una entera novedad cualitativa en el cosmos. El hombre es, en consecuencia, una estructura dinámica sin precedente en la evolución, cuya subunidad determinante con respecto a la actividad perceptora del mundo y rectora de la acción individual y personal sobre él es el cerebro; y así, siendo un cuerpo vivo, es algo que conoce y piensa, que siente y tiene voluntad.

Tanto la situación actual de la ciencia como esta explicación de la corporeidad del hombre requieren una no pequeña modificación en nuestras formas de pensar. El concepto de realidad adquiere caracteres nuevos: toda estructura física —también la del cuerpo— tiene realidad empírica y racional en la medida en que su existencia es término y objeto de nuestros sentidos (directa o tecnológicamente); pero asimismo tiene realidad *a-material* debido a que los elementos en que se resuelve sólo matemáticamente son conocidos hoy, y a que, aunque conjunto de notas, se trata de una *unidad dinámica*. Lo material es *a la vez* a-material o trans-material.

No es fácil decir con exactitud si ésta es concretamente la mudanza de hábitos mentales que efectivamente va a pedirnos el tiempo venidero. Pero sí resulta claro que la inexcusable consideración del cuerpo humano en el nivel de que las obras aquí comentadas son testigos y artífices representa una auténtica metamorfosis: aquélla que supera esquemas caducos como el sustancialismo, el mecanicismo, el dualismo y el materialismo del siglo XIX; inaugura una manera más razonable y más racional de comprender la realidad del hombre; ensancha el campo de estudio científico y filosófico, consiguiendo un mayor rigor empírico y conceptual; y permite un cierto reencuentro entre la filosofía y la ciencia, ya que —ampliando convenientemente el argumento de Laín—, precisamente la doble y ambigua experiencia de nuestro cuerpo, cuya descripción y cuyo significado trata de presentar y discernir la filosofía, es la plataforma necesaria sobre la que puede y ha de reposar toda otra investigación (física, biológica, fisiológica, anatómica, histórica, psicológica, sociológica), de manera que *como tema* de ella pueda luego pensarse cómo es mi cuerpo según la interpretación y la *teoría* que la física, la biología o la sociología construyen, para que yo lo sienta como lo siento y sea lo que soy.

Ricardo ACEBES JIMÉNEZ

ARISTÓTELES : *Retórica*, Traducción, introducción y notas por Q. Racionero, Editorial Gredos, Madrid, 1990.

Doble es el motivo de alegría por la aparición de esta nueva edición de la *Retórica* de Aristóteles, que publica la cada vez más meritoria Biblioteca Clásica de la editorial Gredos. En primer lugar, porque constituye la reparación de una injusticia. Por la abundancia y sistematismo de sus notas, el libro se presenta como una edición comentada, lo que no había vuelto a hacerse (al menos para la totalidad de la obra) desde la edición

inglesa de E. COPE de 1877. Esto supone que el libro incorpora, por primera vez en una edición de la *Retórica*, las investigaciones sobre Aristóteles del s. XX. Además, en España, viene a incrementar y, desde luego, a superar las únicas dos versiones de que se disponía: la de I. Granero, deudora en buena medida de la francesa de Dufour; y la bilingüe de A. Tovar, a la que un afán, hoy ya no compartible, por la literalidad de la traducción convertía en difícilmente accesible a un número crecido de lectores. El libro introduce, en fin, un aparato filológico morosamente trabajado, lo que, aun careciendo de texto griego, lo convierte en una auténtica edición crítica.

Pero, sin duda, el segundo motivo de júbilo nos parece más importante, por cuanto es el que fundamenta el desagravio que implica la aparición de esta obra. La escasa atención brindada por los intelectuales a la *Retórica* de Aristóteles no constituye ciertamente un hecho fortuito. Por el contrario, es un fiel reflejo del descrédito, si es que no aversión, en que a lo largo de nuestro siglo había caído el arte retórico: un arte «recluido en una trama de lugares comunes, paulatinamente cosificados por el uso, de los que el orador se sirve una y otra vez como materia de sus argumentaciones». Pues bien, el centenar y medio de páginas introductorias con que Q. Racionero presenta la obra, nos devuelven una realidad bien distinta: un arte paradigmático de la lógica de la decisión, un instrumento racional de los discursos ético-políticos, un *órganon*, en fin, para la acción humana. Con ello, Q. Racionero trata de restituir el lenguaje/pensamiento originario —la «escritura»— de Aristóteles sobre el arte retórico, mediante la recuperación exhaustiva, clara y pedagógica del horizonte de problemas históricos que dieron luz a tal lenguaje/pensamiento. Pero con ello, sobre todo, se manifiesta la fecundidad de volver a los clásicos para apelar a la tradición interpretativa que más próxima esté de las necesidades y exigencias de las nuevas generaciones. Y es en esta recuperación, en esta virtualidad siempre actualizable de los clásicos, donde hay que poner la mayor contribución de esta nueva edición de la *Retórica*.

En el caso que nos ocupa se trata de afrontar el apremio de dotar de racionalidad a los discursos ético-políticos frente a las voces, cada vez menos audibles, del positivismo lógico. La retórica, como instrumento de la previsión y la acción políticas, nos ofrece, en opinión de Aristóteles, un nuevo plano de referencia para el lenguaje, que, más allá de su función designativa de las cosas, se instala en los pareceres y creencias de la comunidad social. Este desarrollo pleno de las competencias *comunicativas*, dialogales, del lenguaje nos lleva de la verdad científica a la verosimilitud del bien y la virtud, otorgando así al orden humano de la praxis su propia veracidad. Desde este punto de vista, volver a Aristóteles significa, pues, redescubrir una lógica diferente de la deductivo-matemática de las ciencias naturales: una lógica, la de la retórica, que, a través del método de los lugares comunes, objetivado en el ámbito de los tres géneros oratorios, y a través del control de los elementos afectivos y pasionales de la persuasión, logra instaurar un orden racional —precario y nunca definitivo, pero habitable— para las relaciones entre los hombres.